



XVI
Congreso Nacional de
Investigación Educativa
CNIE-2021

La violencia escolar y sus zonas grises. Una aproximación etnográfica en Uruapan, Michoacán

Mónica Lizbeth Chávez González

Escuela Nacional de Estudios Superiores Unidad Morelia, Universidad Autónoma de México
mchavez@enesmorelia.unam.mx

Área temática 15. Convivencia, disciplina y violencia en las escuelas.

Línea temática: Enfoques analítico, teórico-metodológicos y problemas conceptuales en el estudio de la convivencia, la violencia y la disciplina en las instituciones educativas.

Tipo de ponencia: Reportes parciales o finales de investigación.



Resumen

El objetivo de la ponencia es analizar cómo se construyen formas de entender y vivir las violencias sociales en los espacios escolares a través de la identificación de zonas grises en Uruapan, Michoacán. A través de interacciones cotidianas dentro y fuera de los espacios educativos institucionalizados, los jóvenes van construyendo relaciones y percepciones sobre el espacio que les genera pedagogías sobre la violencia, aprendizajes sobre las zonas de riesgo, de vulnerabilidad, impunidad, indefensión, entre otras. Estas interacciones surgen dentro de escenarios de alta conflictividad como son las zonas urbanas marginales de Michoacán, estado que en años recientes ha ocupado altos índices de violencia armada derivada de la presencia del narcotráfico y las políticas para combatirlo. Para esta investigación se realizaron entrevistas, grupos focales y mapeos participativos con la intención de recabar información cualitativa sobre los usos y percepciones del espacio escolar. A través de esta información se detectaron ciertas "zonas grises", en palabras de Javier Auyero (2007), en las que confluyen lazos o redes un tanto clandestinas y oscurecidas que muestran la intersección e interacción entre la violencia delictiva, la institucional y la cotidiana adentro y en los alrededores de las escuelas y conforman pedagogías del miedo entre la comunidad escolar.

Palabras clave: Violencia escolar, pedagogía de la violencia, espacio escolar, etnografía escolar, zonas grises.

Introducción

Desde hace dos décadas aproximadamente, la situación de violencia en el estado de Michoacán ha alcanzado niveles nunca vistos. La situación del estado no es ajena a la que vive el país, ya varios autores han señalado que desde la década de los noventa México atraviesa una de las crisis más agudas derivado de varios fenómenos: la precarización económica, laboral y ambiental derivada de la apertura comercial; las crisis políticas emanadas del cambio de régimen unipartidista que conllevarían a situaciones de ingobernabilidad, la ruptura de pactos políticos y cuestionamientos a la legalidad e institucionalidad; la emergencia de nuevos actores políticos y económicos que se ajustan a la lógica neoliberal y debilitan las funciones del estado, así como al crecimiento acelerado del narcotráfico y el crimen organizado que ha generado nuevas geografías del crimen (Maldonado, 2019). Históricamente, Michoacán ha sido un estado productor y comercializador de drogas; sin embargo, en las últimas dos décadas ha experimentado un cambio en la lógica de operación al interior del narcotráfico y en su relación con las autoridades lo cual ha generado escenarios de disputas y violencias intensas (Pansters, 2019; Guerra, 2015; Colin, 2014). En ese periodo, Uruapan junto con Apatzingán, Lázaro Cárdenas y Tepalcatepec representaron los municipios con mayores tasas de homicidio debido a que eran los epicentros de operaciones criminales. Del 2006 al 2010, Uruapan duplicó el número de homicidios con respecto al periodo anterior (2001-2005), pasando de 259 a 442.

La ola de violencia social se presenta en las calles y espacios públicos, pero también se ha desplegado en escenarios como la escuela, donde los estudiantes jóvenes, docentes y autoridades educativas han sido reproductores y se han visto afectados por múltiples violencias cotidianas (Escobar, et. al., 2017). En el 2014, la Encuesta de Cohesión Social para la Prevención de la Violencia y la Delincuencia arrojó que el 69.76 % de jóvenes de 12 a 29 años reportan dinámicas conflictivas en el hogar; el 32.55% entre 12 a 18 años que estudia han sido víctimas de acoso escolar (bullying); el 28.79% víctimas de otro tipo de delitos y/o maltratos mientras que el 11% se siente inseguro en su escuela y/o trabajo (ECOPRED, 2014).

Una forma de explicar la manera en cómo se teje el ejercicio de las violencias cotidianas es mediante el concepto de “zonas grises” de Javier Auyero (2007) para definir la confluencia de lazos o redes un tanto clandestinas y oscurecidas que muestran la intersección e interacción entre la violencia delictiva, la institucional y la cotidiana adentro y en los alrededores de las escuelas. Estas zonas grises generan ciertas dinámicas en los espacios escolares en donde la violencia es promovida, inhibida, canalizada o permitida generando una pedagogía del miedo, de impunidad y de permisividad entre los actores escolares. Auyero da cuenta en primer lugar, que las violencias sociales son una empresa colectiva, en donde además se articulan actores sociales que a simple vista se presentan como antagónicos pero que en lo cotidiano interactúan de manera oscurecida de tal manera que posibilitan la existencia de cierto tipo de violencias. Las autoridades representadas por las figuras institucionales, así como los sujetos violentos construyen relaciones clandestinas de manera voluntaria o no en las que convergen la norma con la transgresión, en donde interactúan lo permitido con lo sancionable.

Esta perspectiva permite reconocer cierta racionalidad de las violencias sociales, en tanto que demuestran cierto grado de organización que se monta sobre lógicas institucionales y actúa con permisividad o pasividad de las autoridades educativas. Estas lógicas institucionales en el ámbito escolar pueden verse, por ejemplo, en la selección de tiempos y espacios en los que emerge la violencia escolar. Hay zonas y horarios liberados, protegidos, resguardados o abandonados en los cuales la institución suele tener diferentes tipos de presencia: a veces vigila, controla, transita o ignora en términos físicos como simbólicos. Otra dimensión en la que se puede analizar cómo se tejen las violencias escolares es a través del grado de organización de aquellos que ejercen la violencia y que por supuesto responde a los vínculos que tejen al interior de los violentadores como con las figuras institucionales.

La información, la frecuencia y las formas de ejercer la violencia escolar cotidiana son una muestra de las maneras en que se organiza el ejercicio de los actos violentos. Incluso, los rumores sobre ciertos actores, espacios, tiempos no sólo son una forma de circular información sino una forma de mantener un imaginario que permite la perpetuación de la violencia y la dominación. El concepto de “zonas grises” por lo tanto, nos permite entender estos puntos de intersección entre la autoridad institucionalizada y la violencia ejercida por los subalternos, intersecciones que no siempre se vislumbran de inmediato.

Para la realización de esta investigación se construyó una estrategia metodológica de corte cualitativo etnográfico. Se realizó trabajo de campo de julio del 2018 a mayo del 2019 en la ciudad de Uruapan en el estado de Michoacán, específicamente en una escuela secundaria pública federal en la colonia Revolución que forma parte de uno de los 3 polígonos con mayor incidencia delictiva según el Programa Nacional para la Prevención Social de la Violencia y la Delincuencia (PNPSVD).

Mapa 1 (izquierda). Polígonos de atención prioritaria de la zona urbana de Uruapan. Rojo: Polígono 1. Azul: Polígono 2. Verde: Polígono 3.

Mapa 2 (derecha). Polígono 3, Uruapan. Fuente: Diagnóstico Integral de Uruapan, Michoacán. 2018.



Según el diagnóstico integral realizado por este programa federal, el polígono 3 (en donde se ubica nuestro estudio de caso) ubicado en la zona centro de la ciudad, tiene una población total aproximada de 18,259 habitantes, 52% pertenecen al género femenino, el 48% al género masculino y está integrado por 15 colonias. Respecto a la infraestructura, las colonias cuentan con servicios básicos de forma parcial (Diagnóstico Integral, 2018, p.6). Al inicio de la investigación se realizó un diagnóstico social mediante la revisión de encuestas nacinales. Una vez recabada esta información de la zona de estudio, se realizó trabajo de campo al interior de una escuela secundaria federal pública la cual cuenta con aproximadamente 300 estudiantes por cada turno (matutino y vespertino). Se trabajó con el turno vespertino al ser referido por las propias autoridades educativas como la más conflictiva. En la escuela se realizaron entrevistas individuales a jóvenes de 12 a 15 años, grupos focales y un mapeo participativo sobre las violencias al interior de la escuela (Vargas, 2012; Velez, Rativay y Varela, 2012; Díaz Bravo et. al., 2013).

Las violencias escolares y sus zonas grises.

A partir de la información recabada en trabajo de campo, se logró identificar que la institución escolar genera una organización de los tiempos y espacios en función no sólo de los fines pedagógicos que persigue (gradualidad y simultaneidad de los aprendizajes) sino en función de la formación de ciertas interacciones sociales que obedecen a un ideal de orden y convivencia.

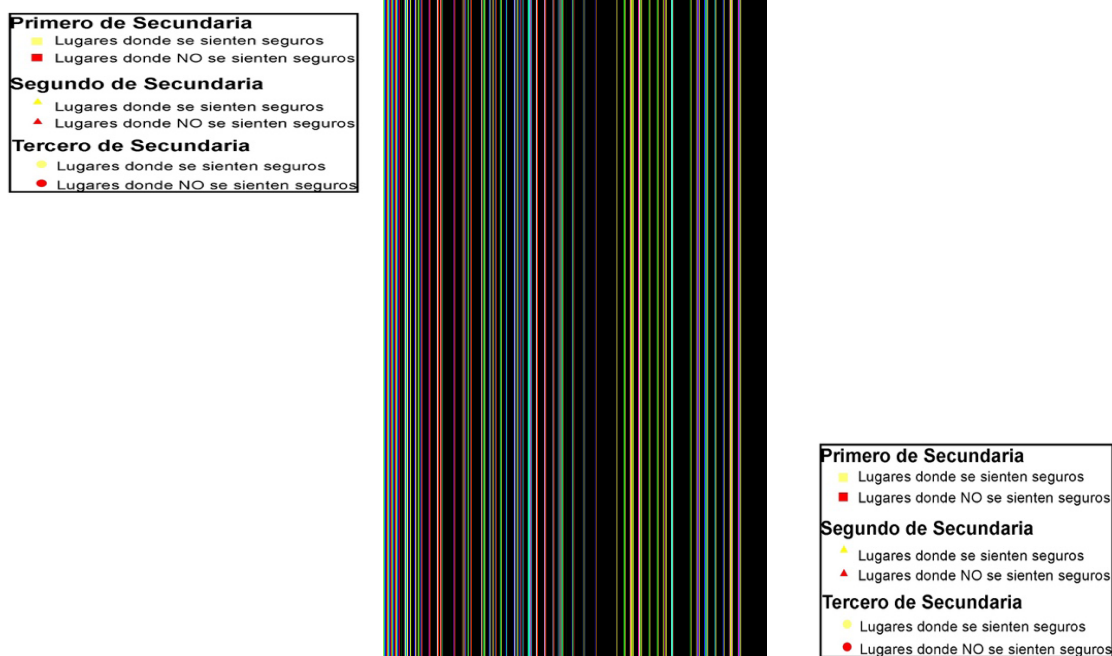
Tanto los tiempos como los espacios elegidos para que se desarrolle la dinámica escolar se han construido de manera histórica y carecen de neutralidad cultural y pedagógica. Como menciona Escolano “el tiempo del mismo modo que el espacio no es un simple esquema formal o una estructura neutra en la que se “vacía” la educación. La arquitectura del espacio y del tiempo instituye, más allá de su nivel actual, un discurso y hasta determina un sistema de relaciones, que en últimas instancias no es otra cosa que un sistema de poder” (Escolano, 1992). En este sentido, los usos del espacio escolar forman parte del entramado de relaciones de poder perceptible en las interacciones cotidianas, es por ello que las prácticas de violencia escolar se materializan en espacios específicos que pueden convertirse en zonas grises.

Al interior de la escuela secundaria analizada en Uruapan existe una organización del poder entre los estudiantes que se materializa en el uso social de ciertos espacios. La escuela contiene espacios simbólicamente marcados y poseídos por grupos de estudiantes los cuales son percibidos con miedo e inseguridad por el resto de la comunidad estudiantil. Éstos son: debajo de las escaleras, las canchas de fútbol, la huerta, los baños, algunos pasillos, el cuarto de intendencia y el estacionamiento de profesores, principalmente. En ellos, los alumnos acuden para fumar tabaco, marihuana, para pelearse o bien para realizar prácticas sexuales. Su uso coincide con el manejo de los tiempos escolares, ya que se ocupan principalmente a la hora de la salida o entrada, a la hora del recreo o bien en algunas horas de clase que los alumnos se salan porque les resultan prescindibles.

Estos sitios constituyen espacios de dominio, especialmente masculino, en tanto que ahí suceden formas que refrendan las relaciones de poder y el ejercicio de la violencia cotidiana de un grupo frente a otros. Los rumores que giran alrededor de lo que acontece en estos sitios juega un papel fundamental en su configuración; los alumnos de primer año son aleccionados desde que entran sobre lo que ocurre en esas zonas grises en donde confluye la autoridad y la violencia estudiantil. En palabras de los alumnos, en estos espacios es donde “se agarran a madrazos”, “se van a fumar mota”, “se juega a la botellita para darse de besos o tocarse”, “se van a fajar” o donde “los estudiantes hacen a sus hijos”. Todos estos sitios tienen en común que son poco atendidos por la institución escolar. En los momentos de interacción masiva, los prefectos -principales responsables de la disciplina escolar- circundan ciertos lugares para controlar la entrada y salida de los estudiantes. Durante los recesos, las figuras institucionales se desplazan por lugares específicos y limitados, siendo el patio central el escenario de mayor vigilancia y atención. Mientras que las pautas de convivencia reguladas suceden en estos sitios, coexisten en otros espacios prácticas de violencia y dominio que son ignoradas y en la mayoría de los casos permitidas. La escuela cuenta con un área verde extensa en abandono, la cual es conocido como la “huerta” porque tiene algunos árboles y matorrales crecidos. Este es el lugar donde acontecen prácticas que retan la disciplina institucional y generan pedagogías del miedo y la violencia entre la comunidad.

Estamos frente a una racionalidad de las violencias cotidianas al interior de las escuelas que queda patente en la selección de espacios, tiempos y formas específicas que se mantienen al margen de lo institucional pero que a su vez no son totalmente desconocidas para la comunidad ni para las autoridades escolares.

Mapa 3. Espacios seguros e inseguros dentro de la escuela secundaria por nivel escolar.



Fuente: Elaboración propia a partir del mapeo participativo

En estas zonas grises sucede en su mayoría un tipo de violencia de baja intensidad, que no explota y no siempre genera episodios de violencia física extrema (como los golpes) pero que contribuye a la conformación de una narrativa sobre el dominio, el miedo y la permisividad entre los propios estudiantes. Es importante señalar que las prácticas sexuales o el consumo de marihuana en sí mismas no son consideradas como violentas, pero han sido señaladas por los alumnos como prácticas que los ponen en riesgo.

La organización de este poder escolar se configura a partir de la condición etaria, la antigüedad en la escuela y el género. Los estudiantes de primer y segundo año no pueden acceder a ciertos espacios demarcados porque no les pertenecen en términos simbólicos, no se sienten seguros e incluso perciben amenazas o intimidaciones en caso de transitarlos ocasionalmente. En estas zonas grises, son los actores que están en la escala de jerarquía más baja los que se insertan activamente en el ejercicio de la violencia. Los alumnos varones, y cada vez más las mujeres, se presentan como perpetradores de la violencia escolar que emplean las herramientas de poder con las que cuentan: las amenazas, ciertas prácticas delictivas o el ejercicio de relaciones sexo-afectivas violentas.

Para las alumnas mujeres la amenaza es mayor, ya que constantemente se sienten asechadas sexualmente por sus compañeros. Ser mujer de 12 años recién incorporada a la escuela representa la mayor vulnerabilidad posible en la jerarquía estudiantil. En este sentido, es importante identificar que existe una división sexo-genérica en la percepción de la violencia y la amenaza escolar y que contribuye a conformar pedagogías diferenciadas sobre las violencias: para las alumnas mujeres el tipo de violencia que las pone en riesgo tiene que ver con abusos sexuales y afectivos por ello prefieren no habitar los espacios de los novios, los fajes o las relaciones sexuales, ya que transitar por ahí ya es un peligro para su honorabilidad. Estas amenazas no se circunscriben al espacio escolar exclusivamente, ya que en los trayectos a la institución las alumnas también se sienten más expuestas que puertas adentro:

Las prácticas sexo-afectivas dentro de la escuela son la principal amenaza de violencia para las estudiantes; no obstante, éstas son concebidas como privadas, insignificantes y autorregulatorias por las autoridades educativas por lo que no constituyen temas a atender. Por su parte, para los varones la práctica de mayor riesgo es el consumo de drogas, por lo que no transitan en los espacios destinados para esta práctica para evitar dar señales de disponibilidad y pertenencia.

Por lo regular, la institución escolar desmantela o interviene sobre aquellas violencias que son muy evidentes, que se materializan y exponen la pérdida de control institucional en el espacio. Por ejemplo, las autoridades destruyeron una especie de “choza” hecha de cobijas y cartones en la esquina del huerto que era utilizado para las prácticas sexuales. También un túnel que permitía a los alumnos circular droga al interior de la escuela y fugarse de la escuela para diferentes fines. Lo mismo ocurre con las peleas físicas, ya sea de alumnos varones o mujeres, las cuales sancionan dentro de los espacios transitados por la autoridad escolar.

Las figuras de disciplinamiento que administran las violencias sociales dentro de la escuela suelen ser los prefectos y algunos profesores de materias. Estas figuras generan tránsitos sumamente limitados al interior de

las escuelas que abren la posibilidad hacia la permisividad. Por otro lado, existen docentes que simulan labores pedagógicas generando tiempos para la conformación de zonas grises, incluso al interior de los salones de clase. Los alumnos conciben como espacios seguros aquellos de mayor regulación externa y adulta: se sienten seguros en su salón o en los pasillos, en la dirección y en el patio central que es donde la institucionalidad se hace presente. Además, emplean dispositivos como los radios portátiles, los cuales introdujeron recientemente para aumentar la vigilancia y regulación de la escuela ante la entrada constante de personas ajenas.

La administración de la vigilancia la realizan los prefectos (hay igual número de varones que de mujeres); sin embargo, a través de las entrevistas fue evidente que ante situaciones de violencia las víctimas recurren primero a las maestras o prefectas. En la escuela además está la figura de psicóloga social que se suma a este grupo de mujeres que suele ser la primera línea de contacto ante los hechos de violencia. Un grupo de 5 maestras conformó un Comité de Mediación Escolar cuya intención era realizar un diagnóstico sobre las violencias escolares, así como el diseño e implementación de estrategias para atenderlas. En esta escuela, el trabajo de cuidado y atención a la violencia recae principalmente en figuras femeninas (docentes) quienes generan estrategias de atención desde lo individual. Ellas en varias ocasiones señalaron la frustración y el agotamiento que les generaba brindar acompañamiento a jóvenes con situaciones de violencia dentro y fuera de la escuela.

Desde estas zonas grises en las escuelas se genera una pedagogía de la violencia escolar que queda manifiesta en la permisividad e impunidad con la que se ejercen ciertos espacios de dominio en su interior. Estos espacios abarcan desde los cuerpos femeninos que suelen ser cosificados, hasta espacios periféricos que escapan de la lógica de atención de las autoridades escolares. Por otro lado, la sobrerregulación externa y adulta en ciertos espacios favorece una sensación de seguridad entre los alumnos que no fomenta necesariamente la corresponsabilidad ni la autorregulación entre la propia comunidad. Fue común escuchar relatos cotidianos de violencia en la que los involucrados no actuaban, es decir, dejaban pasar el hecho; o bien acudían a acusaciones con las autoridades. En otros casos, la falta de respuesta por parte de las autoridades para contener, frenar o reparar las violencias ha generado una sensación de indefensión, complicidad o encubrimiento entre la comunidad escolar. Las violencias sutiles y cotidianas que no alteran el orden y la dominación institucional son permitidas lo que contribuye a la construcción de una pedagogía de la normalización que va ampliando los horizontes de tolerancia e insensibilidad ante las mismas al interior de las escuelas.

Conclusiones

Michoacán ha sido escenario de múltiples violencias sociales originadas por el crecimiento del narcotráfico, las estrategias políticas para atenderla y la precarización de la vida social. Uruapan es uno de los municipios de mayor violencia no sólo del narcotráfico, sino también delictiva, en los espacios públicos, domésticos y por supuesto en los escolares. La violencia que habita en las instituciones educativas proviene tanto del contexto social, económico y/o político en el que la institución se encuentra inmersa, pero también incluye a los sucesos

cotidianos que ocurren en la interacción cotidiana interna y que reproduce las desigualdades estructurales y las traduce en situaciones concretas de exclusión, marginación, desigualdad, ofensa, etc.

La violencia escolar se perpetúa gracias a la existencia de “zonas grises”, espacios e interacciones en donde se tejen relaciones clandestinas o bien en donde existe permisividad o pasividad frente a las violencias sociales por parte de todos los actores escolares, principalmente las autoridades. Estas zonas grises generan ciertas dinámicas en los espacios escolares en donde la violencia es promovida, inhibida, canalizada o permitida generando una pedagogía del miedo, de impunidad y de permisividad entre los actores escolares. Hay involucramientos directos en el ejercicio de las violencias sociales (distribución de drogas) o bien hay una intención de “dejar pasar” o “dejar hacer” en tanto que no se altere el orden institucional. Gracias a los mapeos participativos y los grupos focales se identificaron espacios liberados o protegidos en donde la institucionalidad está presente, transita, vigila, de manera física y simbólica.

Estas zonas grises muestran las formas cotidianas de habitar, entender y responder ante las violencias sociales. Son formas usuales de normalizar las violencias y generan una pedagogía de la violencia al interior. Bajo este enfoque, este artículo pretende abonar al entendimiento del carácter relacional de las violencias sociales que se manifiestan en diferentes escalas y espacios, como en el caso de las escuelas.

Por otra parte, es necesario señalar que estas zonas grises y las conformaciones de pedagogías de la violencia no ocurren fuera del contexto histórico más amplio. No se trata sólo de actos de violencia cotidiana que se viven fuera de una lógica sistémica y compleja. Segato justamente nos señala cómo el sistema capitalista va generando procesos de desposesión en esferas de dominio tradicionales, como la esfera económica para los varones, y va generando otras más inmediatas. Estas violencias también se entienden desde lógicas patriarcales y capitalistas en las que los actos de dominio en los campos de interacción cotidiana, como la escuela, son una forma más de ejercicio del poder. La desposesión ocasionada por vivir en los márgenes genera escenarios cotidianos de suma violencia, es por ello que este ejercicio reflexivo apunta hacia el entendimiento sobre cómo se habita la violencia cotidianamente en los márgenes urbanos, unos márgenes que generan condiciones de violencia estructural en donde es difícil dignificar la vida y en donde esta violencia también se materializa en relaciones interpersonales crueles, dañinas, que van ampliando los márgenes de tolerancia y también de normalización. Si bien el objetivo de esta ponencia no es indagar sobre el orden patriarcal que opera también en el sistema escolar, sí nos parece importante señalarlo como marco estructural amplio necesario de indagar en futuras investigaciones educativas.

Como lo han señalado varios autores, es necesario entender cómo se viven, se generan, bajo qué lógicas operan y cómo se transita la violencia en lo cotidiano desde los márgenes como un intento de vincular los procesos macro y micro sin la menor intención de criminalizar a los actores sociales que habitan los márgenes, la exclusión y la vulnerabilidad. Las violencias escolares y sus lógicas de operación contribuyen a su perpetuación, expansión y normalización. Las zonas grises en las escuelas generan ciertas dinámicas en los espacios escolares en donde

la violencia es promovida, inhibida, canalizada o permitida generando una pedagogía del miedo, de impunidad y de permisividad entre los actores escolares.

Referencias

- Auyero, J. (2007). *La zona gris. Violencia colectiva y política partidaria en la Argentina contemporánea*. Siglo XXI Editores.
- Chávez, M. (2014). "Violencia escolar y marginación social: entre la perspectiva de los sujetos y las dimensiones estructurales". *Revista Iberoamericana de Investigación Educativa*, no. 66/2. Organización de los estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 1-14.
- Colin, A. (2014). *Comunidad, autodeterminación y realidad educativa en Cherán, Michoacán*. Tesis de Licenciatura en Antropología Social. UAM-I.
- Díaz-Bravo, L., Torruco-García, U., Martínez-Hernández, M., Varela-Ruiz, M. (2013). La entrevista, recurso flexible y dinámico. *Investigación en Educación Médica*, 2 (7), 162-167.
- ECOPRED (2014). *Encuesta de Cohesión Social para la Prevención de la Violencia y la Delincuencia*. INEGI.
- Escobar, A., Guillén D., Serrano J.A., Vázquez D., Sánchez G. y Paredes P. (2017). *El futuro de los jóvenes pobres en México. Informe Ejecutivo*. CIESAS. El Colegio de San Luis. Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. El Colegio de Michoacán.
- Furlan, A. (2012). *Reflexiones sobre la violencia en las escuelas*. Siglo XXI.
- Gómez, A., Zurita U. y López S. (2013). *La violencia escolar en México*. Ediciones Cal y Arena.
- Galtung, J. (2003). *Trascender y transformar. Una introducción al trabajo de conflictos*. Transcend – Quimera.
- Guerra, E. (2015). Las autodefensas de Michoacán: Movimiento social, paramilitarismo y neocaciquismo. *Política y cultura*, (44), 7-31.
- Maldonado, S. (2019) (coord.). *Michoacán: violencia, inseguridad y estado de derecho*. El Colegio de Michoacán.
- Pansters, W. (2019). ¡Tuvimos que pagar para poder vivir! Soberanías encontradas en el México violento. En Maldonado, S. (2019) (coord.). *Michoacán: violencia, inseguridad y estado de derecho*. El Colegio de Michoacán, 121-152.
- Vargas, I. (2012). La entrevista en la Investigación Cualitativa: Nuevas Tendencias y Retos. *Calidad en la Educación superior*, (3), 119-139.
- Veléz, I., Rativa, S., y Varela, D. (2012). Cartografía social como metodología participativa y colaborativa de investigación en el territorio afrodescendiente de la cuenca alta del río Cauca. *Revista Colombiana de Geografía*, (21), 59-73.